

El Tao, camino de la sencillez y del humor

— Dr. Gérard Guasch Sauvard —

*«El espíritu superior que oye hablar del Tao,
lo practica con diligencia.
El espíritu medio que oye hablar del Tao,
tanto lo conserva como lo pierde.
El espíritu inferior que oye hablar del Tao,
ríe ruidosamente.
Y, por esta risa, se conoce la grandeza del Tao.»*

Tao-te-king; XLI.

Antiguo, misterioso y deliciosamente poético, el taoísmo es un tesoro siempre vivo desde los albores del mundo.

Imagínese que acabamos de encontrarnos en una posada de la antigua China, hace más de dos mil años. Soy uno de esos taoístas que caminan por el mundo como un hippy antes de la letra. Mi vestidura es sencilla, mi cabello recogido en un moño perfumado como acostumbramos hacerlo nosotros los familiares del Tao. He sido el médico y el consejero de un príncipe, vestía de seda, tenía servidumbre, dormía en una cama caliente.

Ahora duermo adonde me alcanza la noche. He preferido renunciar a la vida de la corte; alejarme de los bajos y hediondos fondos de la política. Me gusta pasearme, haciendo compañía al Tao creador, en las puras alturas donde se unen el Cielo y la Tierra. Vengo de una ermita en la montaña. Voy al lugar solitario donde vive un maestro de gran



fama. Voy despreocupado porque bien sé que: «La vida del hombre, entre el Cielo y la Tierra, no es más que el pasar de un caballo visto por una rindija: un instante no más». Para ganarme la comida cuento cosas. Cosas que me han enseñado, cosas que he visto, cosas que he inventado, cuentos, leyendas.

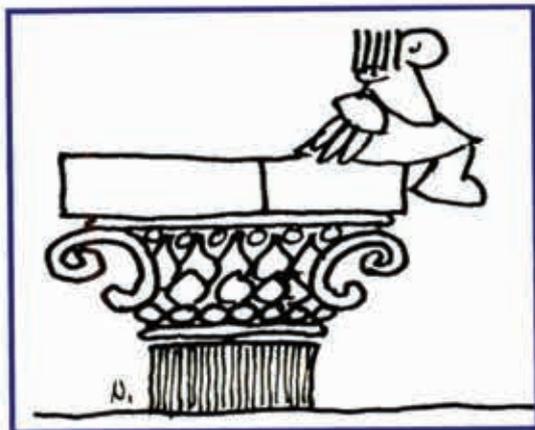
Invíteme a su mesa. Invíteme a tomar unas copas de vino de arroz tibio. Ordene panecillos cocidos al vapor, esos panecillos rellenos de verduras y especias y algunos panecillos fritos. Sentémonos confortablemente y le contaré algo de esa filosofía que es la mía, filosofía del tiempo y del cambio, la filosofía del Tao.

«A los Taoístas nos gusta la sencillez»

Principio y fin del universo, realidad última, el Tao incluye todo aquello que es y todo lo que no es. Es absoluto e ilimitado, indeterminado e inefable: «Yo no conozco su nombre, entonces lo llamo Tao» —dice nuestro venerable maestro: Lao-tse. Siempre ha sido sin nombre: una piedra sin esculpir. Su comprensión es intuitiva, no intelectual. cuando queremos hablar de él, sólo podemos hacerlo a través de ligeras pinceladas simbólicas como lo hace el poeta, el pintor o como yo al contar cuentos. El amor al Tao no impulsa a poner en armonía nuestra vida con los cambios cíclicos de la naturaleza, con los ritmos del Cosmos. «Los que están en armonía son como un eco... siguen el Tao, y no necesitan dioses o demonios, pues son libres e independientes», dice el Nei-ching.

El Tao es el Camino. Para cada uno puede ser una vía, un camino de realización. Lo es para mí, también puede serlo para usted.

Siendo, como somos, unos individualistas sonrientes, a nosotros los taoístas nos gusta la sencillez. Siempre nos ha gustado reírnos de lo convencional, de lo establecido, de lo pomposo, de lo rígido. A los maestros les encanta revestir con las formas del humor sus enseñanzas.



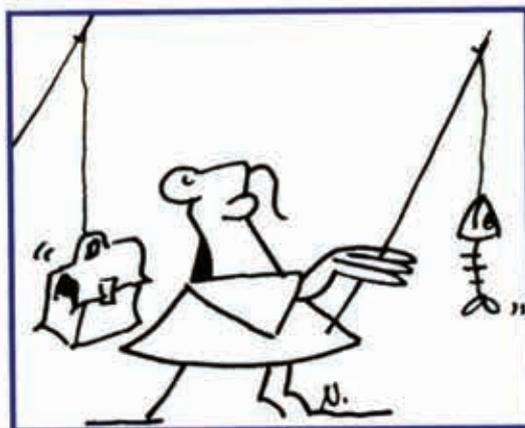
Vean Chuang-tse, el mayor filósofo, poeta y literato de nuestra escuela (*) Ese gran hombre vivía en una pobreza extrema. Se dice que, un día, pescaba en el río Pu cuando el rey le envió dos mensajeros para ofrecerle la cartera de primer ministro. Chuang-tse, la caña en la mano, sin dirigirles una mirada, les contestó: «Tengo oído que el rey posee una tortuga mágica que murió hace tres mil años».

La guarda para sus adivinaciones en su palacio, ricamente envuelta en paños. ¿Creen que esta tortuga hubiera querido morir para que sus huesos fueran tan honrados o hubiera preferido seguir viviendo arrastrando su cola en la ciénaga?». Los mensajeros le respondieron: «Sin duda hubiera preferido vivir». Chuang-tse les contestó:

«Pues yo también. Seguiré arrastrando mi cola en la ciénaga. ¡Vayanse!».

Con todo y todo, pescar no le proporcionaba lo bastante para vivir. Para no morir de hambre tuvo que ir a pedir grano prestado al jefe de los guardias del río. El jefe le respondió: «Cuando reciba la contribución de mi prefectura, te prestaré 300 monedas. ¿Te parece bien?». Chuang-tse, muy enfadado, le contestó: «Ayer, al andar mi camino, oí que me llamaban. Fui a ver quien era. Vi a una carpa en una rodada de carro. Le pregunté: «Carpa ¿qué es lo que quieres de mí?...» Me dijo: «¿podría usted traerme una cántara o una medida de agua y salvarme la vida?» Le respondí: «Sí, yo, ahora, estoy de viaje al Sur para visitar a los reyes de Wu y Yüeh. Luego encauzaré hacia aquí las aguas de los ríos del oeste. ¿Te parece bien?». Airada, la carpa me respondió: «Mejor que esa su solución sería la de que fuera usted pronto a buscarme en las tiendas de pescado seco.»

El hablar de pescado seco me reseco la garganta. ¿No sería un efecto de su bondad pedir que me sirvan más vino? Bebamos del Tao ¡Salud para su Merced! Otra copa por favor, que le voy a contar unas historias en la cuales podrá ver bien clara la diferencia de actitud entre dos grandes maestros: Confucio y Lao-tse. No le juraría que son verídicas, pero dicen mucho.



En armonía con la naturaleza

Una vez, Confucio —el gran moralista— se paseaba reflexionando a orillas del río. De repente avisó a un anciano que se estaba bañando. Era Lao-tse —el viejo risueño de las orejas largas—. Confucio se acercó y el viejo sabio, a quien no gustaban los disimulos y nunca tuvo pizca de mojigatería, salió del agua para recibirle completamente desnudo. «Señor —gritó Confucio, apartando rápidamente la mirada—, veo que a usted le falta un poco de sentido de la dignidad humana. Si los humanos se pasearan desnudos, ¿de qué modo podrían distinguirse de las aves y de los demás animales?» «Señor —contestó Lao-tse—, ¿es algo tan malo ponernos a nivel de las aves y

(*) «No hay duda que la extensión de la educación popular ha hecho completamente familiar el nombre de este gran pensador al público en general —escribe Oscar Wilde, con su habitual ironía—; pero, por culpa de unos supercultos, me creo en el deber de establecer definitivamente quién era (...).

Chuang Tzu, cuyo nombre debe ser cuidadosamente pronunciado de forma diferente a como está escrito, nació en el siglo IV antes de Jesucristo, en las riberas del río Amarillo, en la Tierra Florida, y aún se encuentran retratos del maravilloso sabio, sentado sobre el dragón volante de la contemplación, en las sencillas bandejas de té y en las agradables pantallas de muchos de nuestros más respetable inquilinos de los suburbios.

El honrado tasador y su saludable familia se habrán divertido, sin duda, con la abombada frente del filósofo y reído de la extraña perspectiva del paisaje que se extiende bajo él.

Si ellos supieran en realidad de quién se trata, temblarían. Porque Chuang Tzu empleó su vida en predicar el gran credo de la Inacción y en señalar la inutilidad de todas las cosas útiles».

de los brutos? En ellos no hay ambición de fama, ni codicia, ni tacañería, ni se revuelcan en la lujuria, ni caen en otros muchos vicios. Tenga la bondad de perdonarme si prosigo con mi baño».

Así pues nosotros los taoístas pretendemos vivir en armonía con la naturaleza, en una gran sencillez, disfrutando de la vida sin segundas intenciones y sin inútiles preocupaciones.

Otro día, Confucio predicaba sobre la benevolencia a un pequeño grupo de discípulos. Lao-tse lo estaba observando. De pronto se le acercó agitando los brazos y graznando como un cuervo. Al instante el benévolo sabio reaccionó con un rugido de ira, rojo como si le hubiera dado un ataque de apoplejía. «Señor –le dijo Lao-tse– manteniéndose ligeramente fuera de su alcance–, quedé edificado con lo que usted dijo sobre la benevolencia. ¿A qué viene ahora este cambio tan repentino?

Si los humanos tuvieran que enfurecerse tanto contra los ancianos que quieren bromear un poco, ¿cómo podrían distinguirse de los tigres hambrientos?»



Tao, progenitor del mundo

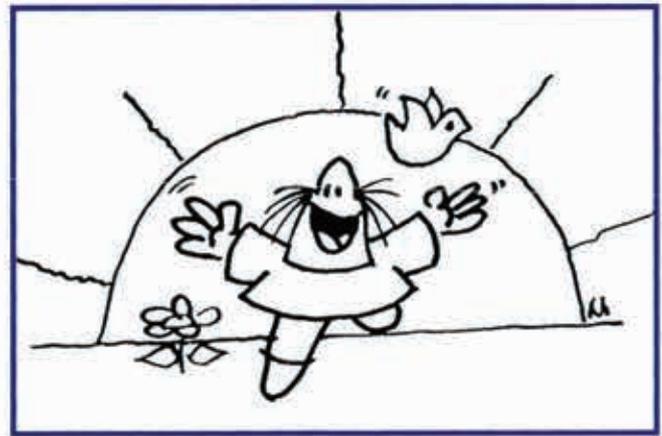
En otra ocasión, he aquí que Confucio vio a Lao-tse empinando el codo en una taberna. Sí Señor, al igual que yo en este momento. Es que si a los más místicos les

gusta emborracharse sólo con el Tao, a nosotros, que nos alcanzamos tal desarrollo espiritual, nos gusta emborracharnos también con otra cosa. Este vino es sencillamente divino y mi copa lamentablemente vacía. Sufrá que la llenen otra vez.

Estaba pues Lao-tse en una taberna. «Señor –le amonestó Confucio con voz de ofendido–, ¿es éste su sentido del decoro? ¿Espera usted enseñar el Tao bebiendo a la vista de todo el mundo?» «Señor –le contestó Lao-tse–, ¿acaso no aprueba usted esta demostración de que no soy ni ave ni bruto? Nunca he visto que estos animales empinen el codo.» Confucio exclamó: «Que un docto maestro deshonre sus canas en público es peor que ser un ave o un bruto» «Usted se está burlando, Señor –respondió Lao-tse–. Un vez me reprimió porque me comportaba como las aves o los brutos; ahora me amonesta porque no me comporto como nuestros amigos con alas y colmillos.

Es evidente que usted necesita instruirse. Debe saber que el Tao es progenitor de todo el mundo, y de todas las cosas, de usted y de mí, de las aves y de las bestias, de este jarro y de este vino. Beber del Tao es un menester muy adecuado para el taoísta, yo diría. Cuando haya aprendido que todo lo que hay bajo la inmensa capa del cielo está empapado de santidad, entonces podrá usted denominarse sabio» «¡Admirable! –exclamó Confucio estupefacto–. ¡Qué sabiduría tan grande posee este caballero! Bajo el cielo será muy difícil encontrar a otro como él. ¡Él es el fénix entre los cuervos!». Sí Señor, venerar al viejo maestro no nos impide reírnos de él también. Así se elimina por completo la idea que la piedad

debe ser santurrón. Cuando veo a este joven servidor escanciar tan amablemente este oloroso néctar, creo ver oro fluido correr en nuestras copas. Esto me recuerda una anécdota que contaba Lie-tse, otro gran filósofo de nuestra escuela.



Vemos lo que nos imaginamos

En Ts'i vivía un hombre que tenía tal avidez de oro que, un día en el mercado, se acercó a la mesa de un cambista, agarró bruscamente todo el oro y se fue corriendo. El jefe de los guardias, al detenerlo, le preguntó: «¿Desgraciado, cómo pudiste robar el oro de este pobre hombre frente a tantas gentes?» El otro contestó: «Cuando lo agarré, no veía a nadie; sólo veía el oro.»

¿El dejo filosófico de esta historia le gustó? He aquí otra que contaba el maestro. Un hombre perdió su hacha. Pensando que el hijo de su vecino podría habérsela robado, empezó a observar detenidamente a éste. No cabía la menor duda, su actitud era la de un ladrón de hacha; la expresión de su cara era la de un ladrón de hacha; su manera de hablar, exactamente la de un ladrón de hacha. Todos sus movimientos, todo su ser, denunciaban claramente a un ladrón de hacha. Y de aquí que, escarbando, en su propio jardín nuestro hombre encuentra su hacha. Al día siguiente vuelve a cruzarse con el hijo de su vecino. ¡Oh! sorpresa, ya nada en él denunciaba al ladrón de hacha...



El T'chan

De la unión del Taoísmo con el Budismo nacerá algún día una nueva corriente: el T'chan. Exportado a Japón, éste dará a luz al Zen que también maneja, sobre todo a través de los «koan», una forma de humor desconcertante.

Pero eso es otra historia y, con su permiso, ya me callaré, porque

no se debe de olvidar que: «Quien sabe que el discurso está sin palabras y que el Tao está sin nombre, ése posee el tesoro del cielo.»